

## **CIEN DIAS ENTRE VARIOS LUSTROS DE DEMOCRACIA**

Han transcurrido más de dos décadas desde que los padrinos del Norte decidieron suspender su mecenazgo a los aspirantes a dictadores militares, y comenzaron mas bién a patrocinar a demócratas devotos de sus sistemas económicos. Como nunca, la democracia esta hoy firmemente asentada en América Latina y, también como nunca, hay ahora tanta miseria y corrupción, sin esperanzas de vislumbrar días mejores.

En junio de este año, los bolivianos cumplimos una vez más el rito fundamental de la democracia, legalizando con nuestro voto un nuevo régimen constitucional que ya ha cumplido cien días de gobierno. Se ha hecho ya rutinario cumplir cada cuatro años esto que los políticos suelen llamar "fiesta de afirmación democrática" - a partir de ahora serán cinco años -; pero es inevitable concluir que, mientras más saludable está la democracia, peor esta el pueblo.

La enorme desigualdad de riqueza y poder aumenta cada día más. Las clases medias, gradualmente empobrecidas, no tienen lo que necesitan y menos lo que quisieran, y si lo tuvieran tampoco estarían satisfechas. Las fuerzas laborales estan a la defensiva, como gatos acorralados por un mastín, y sus paros y ruidosas manifestaciones apenas hacen escocer a los gobernantes. Las Fuerzas Armadas, abandonadas por sus viejos padrinos del Pentágono, han perdido peso político y no dan signos de desacato a la autoridad civil. Las iglesias organizadas se concretan a mantener y perfeccionar sus ritos y, aunque critican eventualmente los abusos del poder, lo hacen sin mucha convicción y sin una fuerza metódica que influya en la conciencia colectiva.

Al evaluar los primeros cien días del actual régimen, no debemos dejarnos engañar por una aparente calma que contrasta con la violencia permanente que caracterizó a la anterior gestión, pues las causas del malestar social subsisten, y se han añadido otras, porque ya comenzamos a sentir los efectos más inmediatos de la "capitalización", especialmente la elevación de tarifas en los servicios públicos. Los sindicatos obreros parecen estar estratégicamente replegados, esperando el primer "gasolinazo" o paquete económico para salir otra vez a las calles. La oposición esta agazapada, esperando el momento más oportuno para dar zarpazos, y sólo los partidos agrupados en una estrafalaria "megacoalición" oficialista se pelean entre ellos, disputándose tajadas de poder.

¿Podemos abrigar alguna esperanza de cambio? La desoladora situación actual es producto de un sistema asentado en el dogma de que los conflictos entre intereses privados producen una sociedad equilibrada por obra y gracia de la libre competencia, la economía de libre mercado y la libre empresa, principios fundamentales de los viejos y nuevos liberalismos que arrancaron con el mito de las libertades individuales consagrado por la Revolución Francesa. Para dar sustento al dogma, se ha inventado otros, que le sirven como cataplasmas o infusiones, entre ellos la privatización o "capitalización" de empresas estatales, y el consecuente "achicamiento" del Estado.

No hace falta ser un investigador especializado para descubrir los signos del malestar social y sus probables causas; pero los gobernantes no entienden - o no quieren entender - el significado de todo lo que ocurre ante sus narices. Su preocupación por asentarse en el poder hace que solo vean los peligros inmediatos para la estabilidad de su régimen, ignorando los viejos y nuevos problemas del país. Por su parte, los políticos opositores parecen estar haber quedado aturcidos por el cambio de su status social y, en algunos casos, económico; y su acción política se concreta a fraguar conflictos para facilitar su retorno.

Pero este atolondramiento no es solo de los políticos bolivianos, sino de todos los líderes tercermundistas, que parecen atontados por los efectos del Nuevo Orden mundial que no deja alternativas y obliga a aplicar recetas impuestas que agravan nuestros males. En algunos casos, hay resignación y servilismo, por impotencia; y en muchos otros hay satisfacción, porque el sistema paga bien a sus servidores.

Entretanto, se hace más generalizado el repudio al orden existente y menudean las críticas a los fundamentos de nuestra civilización. Si los males sociales se agravan en vez de solucionarse, muchos intelectuales y analistas columbran una hecatombe, sin que sus ladridos de alerta tengan eco en las masas ni inquieten a los poderosos. Acaso hace falta un pensador que, como Rousseau y otros en el Siglo XVII, sacuda con sus anatemas y herejías a esta sociedad conformista.

La ciencia y la tecnología tampoco han contribuido mucho al bienestar general y han hecho mas bien insoportable la vida, porque no están al servicio de la humanidad, sino regidas por grandes intereses. Pero nuestros líderes políticos siguen idealizando y persiguiendo el industrialismo, la producción y un desarrollo en base a la economía de mercado que alienta un consumismo desenfrenado, ignorando otros valores humanos. Tener siempre más es el signo de los tiempos; pero pocos pueden acumular riqueza, mientras las masas solo acumulan insatisfacciones y resentimientos peligrosos.

Se diría que no tenemos salida, pues no escuchamos propuestas originales y renovadoras, e inclusive los fervientes izquierdistas o socialistas de ayer se han rendido en brazos del neoliberalismo, dóciles o angurrientos. Pero las cosas pueden caer por su propio peso. Si bien hoy ninguna nación pequeña puede escapar del absorbente centralismo del poder mundial, cierto es también que el estilo de vida occidental está en descomposición, corroído por sus propios vicios, y no hay mal que dure cien años.

**AUTOR: *Waldo Peña Cazas*, Periodista**

---

Responsable de edición: [María Lohman](#)